

Quiero abrir esta serie de revistas semanales con una referencia á *La raza de Caín*, la novela de más aliento, aunque no la mejor, de Carlos Reyles. Se ha dicho que la alta crítica nacional no hizo la recepción debida á la obra citada, (sin recordar que eso mismo, ó algo peor, sucede siempre entre nosotros con todos los libros de importancia) y se me ha concedido el inmerecido honor de incluirse entre el escaso número de los llamados á pronunciar sentencia sobre el mayor ó menor mérito de la novela. Aún cuando no me considere realmente tan fuerte y sereno como para fallar así como así sobre la labor enorme que



EDUARDO FERREIRA

representa un volumen de tan gran tamaño y substancia como *La raza de Caín*, y aunque creo, como creo, por otra parte, que después de lo escrito por Lugones, en un sentido, y por Rodó, en otro muy distinto, poco queda que decir de *La raza de Caín*, siento necesidad de dar forma breve, como lo exige la estrechez de estas páginas, á las impresiones que de su lectura guardo en el espíritu. Ante todo, y por vía de desagradío, rechazo—amigablemente, por supuesto—el reproche amable que Samuel Blixén arrojó contra los que, á su juicio, amenazaron silencio intencionado cuando la aparición de *La raza de Caín*. No defiendo á todos, que de las faltas de los demás no soy yo responsable, pero protesto de mi inocencia en un delito que no he cometido nunca con nadie, y menos con Reyles. Ó el autor de *Un cuento del tío Marcelo* no me hace el honor de leerme,—lo que produciría el derrumbamiento, para mí desagradable, del concepto extremado que me ofreció juntamente con el reproche de marras,—ó su memoria es tan inquieta como su talento y ha olvidado los estudios, buenos ó detestables, que me he complacido en dedicar á toda la producción de Reyles, desde su primer novela á la fecha, si los recuerdos no yerran. Por ese lado soy ensi invulnerable. Quizá

haya pecado por demasía en el desarrollo del tema y caído en el mal gusto de reincidir en reflexiones que sobaban después de dicho una vez, pero declaro que no me pesa. Así como para obtener excelentes frutos de la tierra hay que cultivarla pacientemente un día y otro día, para cultivar el alma y la inteligencia del público é inclinarlas á las manifestaciones del talento, hay que hervirles lentamente, suavizándolas y afinándolas como se afina una placa de metal, sin temer al cansancio, hasta que la tenacidad de los que se dedican á la noble tarea venza definitivamente, ó la sensibilidad de las masas, sorprendida en su reposo inconsciente vibre de improviso al choque obligado de lo que antes no lo

inspiraba más que indiferencia. Entre los vicios que me reconozco—y que Rousseau me perdona si con él no me sienta capaz, á la vez, de grandes cualidades,—el de no cullar la admiración que me producen los hombres de cerebro robusto es el más pronunciado y persistente. Y quizá de él provenga este otro vicio, también con raíces hondas en mí ser: el de no encontrar jamás mérito positivo en las mediocridades, así se me ofrezcan envueltas en reflejos deslumbrantes ó sostenidos por complacientes amistades...

Jamás he sido amante, no sé si por temperamento ó por convicción, de la novela psicológica, á lo Bourget, y menos de la que pretende enzarzarse en una extremada psicología símbolos extraños. Un escritor empeñado en mostrarnos, sin dejarnos un minuto de descanso, toda la trabazón interna de un alma, con la paciente minuciosidad de un industrial afanoso de poner en descubierta el procedimiento de que se ha valido para alanzar los productos que ofrece á la muchedumbre, me provoca siempre una fatiga penosa, algo así como el cansancio de una ascensión obligada á una montaña muy alta y muy árida. Será esto *burguesismo*, ausencia de refinamiento, falta de preparación para gustar de la belleza supre-

ma, todo lo que se quiera, pero es la verdad sin disfraces. Cuando leo una obra de esa índole, escrita con talento exquisito, me deleito en el estilo y admiro profundamente la labor



del novelista, sin que el alma tome la más mínima parte en aquella función, puramente mecánica. Leo, paladeo, pero no siento. Algo de esto me ha sucedido con *La raza de Caín*. Presumo que nadie dudará de las simpatías espontáneas y del respeto sincero que siempre me ha merecido Reyles como literato, y que no se creará que desconozco su talento al exponer francamente

esta opinión sobre su última obra. Al escritor he tributado, en diferentes ocasiones, elogios de que no me arrepentiré nunca, y si con su producción general no me pasa lo mismo, es porque el concepto que de la novela nos hemos forjado él y yo, cambia de color al atravesar el prisma de nuestros respectivos criterios. Su último libro tiene para mí, por lo demás, un mérito superior á los anteriores: el de presentarnos al novelista seguro ya, definitivamente, del lenguaje, de la factura. Rodó publicó al respecto cosas muy bellas y muy justas. Reyles ha dejado de ser el cincelador exquisito, de frase tersa y pulida, para convertirse en el pintor severo que sacrifica todo efectismo á la exactitud y robustez del trazo. Toda *La raza de Caín* es de mano maestra, con menos elegancias, menos adornos que la que lucen las *Academias*, pero con más conocimiento del color y de la línea. El progreso, en este sentido, es notable, y recuerda en ciertos pasajes la sencillez y concisión admirable de Tolstoi. Del asunto de la novela no puedo, aunque quisiera, decir lo mismo. Tenaz en el propósito de imponer una tendencia literaria que no abrió más que un pequeño surco en los grandes escenarios del viejo mundo y para la cual falta aquí ambiente apropiado y condiciones especiales de educación, Reyles ha arrancado á la vida su parte más dolorosa para ofre-

cerla como el producto de serios experimentos y observaciones. Como toda la ya apreciable labor del distinguido literato, se manifiesta en *La raza de Caín* la distancia enorme á que se coloca el novelista del medio en cuya atmósfera agita y mueve los personajes que crea su fantasía. Lo que dice Lugones de la falta de frescura de que adolece la novela y del rótulo cosmopolita que lleva encima, es una verdad indiscutible que confirma anteriores opiniones mías, y que no hay para qué recordar ahora. A pesar de todos estos pesares, *La raza de Caín* tiene páginas hermosísimas, de una energía soberbia. Menciono, al azar, sin consulta previa, la escena del reencuentro de Sara con Guzmán, que me parece la más saliente del conjunto. Vea detrás de ese cuadro, de una sobriedad magistral, al verdadero artista, al que yo espero un día, vigoroso, lleno de salud, libre al fin de esa inquietud de refinamientos que le lleva á perseguir, como única fuente de belleza, las amarguras y miserias de la humanidad. La vida que transmite Reyles en su obra es vida sombría, denegado sombrío para nuestra alma demasíada joven, que rechaza, como cosa ajena, todo lo que no le recuerde emociones sentidas, vibraciones agradables ó agrias de la existencia propia, debajo de un cielo más hondo que el cielo que le muestran, y de un aire más sano que el aire que surge de las páginas que se le brindan. Yo bien sé que el talento lo puede todo, y que un pequeño esfuerzo diario basta, como dice Zola, para levantar montañas; pero el talento bien aprovechado, bien seguro de su robustez, es el que hace una obra artística con cada una de sus energías y el que refleja en ellas el propósito de interpretar, ó cuando menos de recoger las aspiraciones, ansias y alegrías del mundo que le rodea. Por algo es que todo hombre de talento sano ha simbolizado siempre su época.

*—

Me proponía dedicar unas líneas en esta revista á algunos otros libros, que han llegado á mi poder, y que considero dignos de atención. Pero el espacio falta y me veo obligado á postergar mi deseo hasta el próximo número. He de decir algo. Dios mediante, de *Harpas en el silencio*, de Eugenio Díaz Romero, de *Lágrimas*, de Ernestina Méndez Reissig, de *Frasas rítmicas que combinó Edmundo Montagne*, y de *Fragmentos de un manuscrito*, de Rafael Sienra.

EDUARDO FERREIRA.